

Este libro ha sido financiado por el Proyecto Letral
(Ministerio de Innovación y Ciencia
y Consejería de Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía).

© Iberoamericana, 2011
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

© Vervuert, 2011
Wielandstr. 40 – D-60318 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

Iberoamericana Vervuert Publishing Corp., 2011
9040 Bay Hill Blvd.
Orlando, FL 32819
USA
Tel. (407) 217 5584
Fax. (407) 217 5059

ISBN 978-84-8489-576-3 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-86527-631-5 (Vervuert)

Depósito legal: SE:1787-2011

Printed by Publidisa

Diseño de cubierta y páginas interiores: Carlos del Castillo

The paper on which this book is printed meets the requirements of ISO
9706

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro

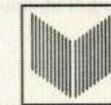
Impreso en España

Índice

Madrid habanece

Cuba y España en el punto de mira transatlántico

ÁNGEL ESTEBAN (ed.)



Iberoamericana • Vervuert • 2011

CAPÍTULO CUARTO

La herencia española en las formulaciones de la identidad cubana en la Primera República: la narrativa de Miguel de Carrión

ÁNGEL ESTEBAN Y YANNELYS APARICIO
Universidad de Granada

Cuba es el país de las mil caras. Solo Martí parece ser el punto de unión identitaria. Capitalistas y socialistas, católicos y ateos, conservadores y liberales, escépticos e iluminados, demócratas y defensores de dictaduras de diverso signo, todos invocan su nombre. Martí fue capaz de abanderar todo tipo de revoluciones y espíritus acomodaticios. Pero, fuera de él, lo cubano es un concepto difícil de definir y acotar, hasta el punto de que algún autor ha llegado a afirmar que, en la isla, «la crisis crónica de identidad acaba también constituyendo una identidad» (Dés 1993: 15). Jorge Ibarra, aludiendo a los comienzos del siglo xx, se refería a dos modos de concebir lo cubano: el entorno político generaba un «optimismo oficial» inexistente, mientras que, en realidad, como muchos intelectuales y narradores manifestaban, «el cubano, de acuerdo con su concepción del mundo, era incapaz de alcanzar la libertad y ser

dueño de su propio destino» (Ibarra 1998: 186-187). La cubana era una sociedad emancipada de España pero no verdaderamente independizada identitariamente con respecto a la metrópoli, por lo que resultaba imposible establecer con rigor un juicio certero acerca de sus valores y su idiosincrasia.

La «segunda independencia» de la que hablaba Martí poco antes de comenzar la guerra final era una llamada a todos los pueblos hispanoamericanos a madurar su identidad cultural y social, que más de medio siglo de andadura independiente no había conseguido establecer. Probablemente, era también una llamada a Cuba, que pronto se vería libre del yugo español, con todo lo que ello significa de poner en marcha un proyecto independiente, centrado en lo que él mismo llamaba en *Nuestra América* un «gobierno natural», cuya base son los «elementos naturales del país». Así, al término de la guerra en 1898, Cuba y Puerto Rico comenzaron una «invención moral de una identidad» (Rojas 2008: 30), algo que ocupó el centro del debate intelectual. La experiencia de la guerra supuso un fabuloso símbolo en orden a instaurar una fundación mítica de una identidad nacional, y un arquetipo de ciudadanía. Bajo el gobierno de Leonard Wood, antes de la misma constitución de la República, se organizaron muchas actividades alrededor de la idea del «carácter cubano». Por ejemplo, Cristóbal de la Guardia criticó la idea de que el pueblo se estaba convirtiendo en filoanglosajón y se afianzó en la teoría de las raíces latinas como definidoras de lo cubano. Ahora bien, más adelante admitió que esas raíces tenían aspectos negativos, propios del origen étnico latino, como la pasión melancólica, el vicio del sufrimiento, la satisfacción de sentirse desgraciado o una tendencia imaginativa opuesta a la meditación (ibíd.: 31). Todas esas ideas fueron vertidas luego en su libro *De los vicios y defectos del criollo*, en el cual invitaba finalmente a las élites republicanas a formular antídotos o remedios contra los males cubanos, basados en la actuación contra la raza corrigiendo sus fallas sobre la base de métodos cívicos.

Según el crítico Rafael Rojas, todas estas ideas acerca de la teoría de la raza están más o menos repetidas en muchos autores de principio de siglo, ensayistas a los que él llama de «baja literatura», es decir, autores de una relevancia relativa en el panorama intelectual cubano de esos años, y con una influencia menor en el espacio de las ideas cubanas. Ellos son Manuel Márquez Sterling, con *Alrededor de nuestra psicología* (1906), José Sixto Sola, con *El pesimismo cubano* (1913), Mario Guiral Moreno, con *Aspectos censurables del carácter cuba-*

no (1914), y Enrique Gay Calvo, con *El cubano, avestruz del tropico: tentativa exegética de la imprevisión tradicional cubana* (1938). Por el contrario, los autores pertenecientes a lo que el crítico cubano llama «alta literatura», como Enrique José Varona, Francisco Figueras, Roque E. Garrigó, José Antonio Ramos y Fernando Ortiz, mucho más relevantes que los anteriores por la profundidad y trascendencia de sus ensayos, no concuerdan con ese «escepticismo controlado» de los primeros, ni con un cierto entusiasmo nativista que trata de contrarrestar la negatividad de una supuesta naturaleza. Más bien, estos últimos interpretan la cubana como una «metafísica nihilista de tradiciones y costumbres» (Rojas 2008: 32), lo que les aleja absolutamente de la moda arielista que los principales intelectuales de muchos países del continente están siguiendo, a raíz de la publicación de la obra del uruguayo Rodó en 1900, donde se señalaba la supremacía espiritual, poética e imaginativa de la cultura latina frente al utilitarismo rancio anglosajón.

Si Varona ve en el nuevo modelo republicano la resurrección del monstruo que pensábamos domado, y la Cuba actual se identifica con la hermana gemela de la colonial, Figueras es mucho más claro, en su obra *Cuba y su evolución colonial* (1906), sosteniendo que hay que rechazar el triunfalismo de quienes, después de conseguir la constitución de la República y la independencia soñada, creen que hay que hacer apología de lo cubano señalando la santidad de sus virtudes y rechazando sus defectos. Más bien al contrario, Figueras anota la falta de capacidad para ser una nación independiente y la acumulación de más vicios que virtudes, porque es cierto que los cubanos son hospitalarios y generosos hasta el extremo, pero también poco dados al comercio o al ahorro, vanidosos, indolentes y desposeídos de una clara noción de la verdad, poco perseverantes en sus propósitos y poco consistentes en sus principios, tienen poca rectitud de intención y no son abnegados. Y todo ello tiene que ver con la doble raíz africana y española, pero sobre todo con el contacto. Si todas las culturas y razas que han vivido en Cuba desde la colonización hasta el siglo xx, incluyendo también al blanco criollo del xix, hubieran permanecido puras, sin mezclarse, como el sistema de castas de la India, el resultado actual sería muy diferente. La heterogeneidad étnica de la isla y la mezcla que de ahí deviene es una condición desfavorable para el proyecto de civilización moderna que se acomete a principio del siglo xx (Rojas 2008: 33).

Todavía más claro lo tiene Roque E. Garrigó, que para su libro *La convulsión cubana*, de 1906, se basó casi por completo en la obra

por entonces recién publicada del argentino Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América (ensayo de psicología individual y social)*, de 1903, donde se adscribía a un positivismo que profundizaba en el darwinismo social propio de la época. Ahí explica el comportamiento de las sociedades latinoamericanas ante el proceso de modernización, con el aluvión inmigratorio y la convivencia de etnias y clases sociales diferentes. El biologismo de Bunge es aristocratizante, basado en las teorías de Wheeler para armonizar la propuesta de la evolución de las especies con el organicismo social, lo que podía dar pie a dudosas y peligrosas legitimaciones biológicas para los estados. Para Bunge, cada raza física es una raza psíquica y, en concreto, la raza hispánica es arrogante, indolente, carente de espíritu práctico, verbosa, sin decoro. Pero los indígenas son todavía peor, porque representan la resignación, la pasividad y la vagancia. Finalmente, los negros se identifican con la esclavitud y la debilidad (Bunge 1918). Por eso, en definitiva, la conclusión a la que llega Garrigó a través de este planteamiento bungeniano es que, en Cuba, lo que hace falta es imitar el modelo anglosajón, si de verdad se desea alcanzar la modernización del país. Por eso, se pregunta qué hubiera pasado en América Latina si los colonizadores hubieran sido ingleses en lugar de españoles. Y la respuesta no se deja esperar: habrían llevado a esa tierra la idea de la libertad, tan clara en su constitución, en lugar de los síntomas de decadencia que los españoles han trasplantado a América (Rojas 2008: 34). Una argumentación parecida esgrime el también novelista y autor teatral José Antonio Ramos en su ensayo *Manual del perfecto fulanista* (1916), quien asegura que la presencia de Estados Unidos desde el fin de la guerra es el mejor antídoto contra las malas costumbres latinas y africanas.

Pero lo más interesante de este período, en cuanto a las opiniones de los intelectuales, es contrastar los asertos de Fernando Ortiz en las obras de principio de siglo con las de los años cuarenta en adelante, cuando inventa el término *transculturación* para hablar de los aspectos positivos que tiene la mezcla de culturas, razas y psicologías, y pone el ejemplo del ajíaco, esa comida de Cuba y otros países del Caribe donde cabe de todo, y la mezcla da un resultado digno de los paladares más exigentes. En ensayos como *Contrapunteo cubano del azúcar y del tabaco*, utiliza además otros símiles para reseñar cuestiones identitarias, como las características cerradas y monolíticas del azúcar (el producto y su proceso de explotación) frente a la estructura polivalente y abierta del tabaco. Es precisamente la unión de esas dos facetas lo que define al cubano. Ahora bien, en los ensa-

yos de principio de siglo, su teoría va adquiriendo paulatinamente contornos sucesivos en la indagación de la cubanidad, que poco tienen que ver con los textos de mitad de siglo. En sus primeros escritos, Ortiz afirma claramente que la raza blanca influye en las clases bajas cubanas a través de ciertos vicios europeos que se agravan por las condiciones sociales del ambiente insular y que, además, la raza negra contribuye a reforzar esa circunstancia con sus supersticiones, su impulsividad y su particular psicología, desde la época anterior a la independencia. Esto aparece sobre todo en su colección de ensayos *Hampa cubana: los negros esclavos* de 1916. En esa obra llega a proponer acciones concretas para evitar las supersticiones de las religiones afrocubanas (Castellanos 2003: 109). Ahora bien, al cabo del tiempo, a finales de los años treinta, el cambio de opinión es espectacular, algo que no solo denota una evolución particular, sino la orientación de la etnografía cubana en la primera mitad del siglo, como bien ha apuntado Jorge Castellanos:

El 30 de mayo de 1937, el mismo don Fernando presenta en la Sociedad Hispanocubana de Cultura un espectáculo inusitado. Los tambores sagrados de la *santería* ejecutan sus ritmos sagrados, los fieles bailan a su compás y don Fernando explica la ceremonia, exaltando su valor folklórico y sus méritos estéticos. A partir de la década del treinta nadie aventaja a este investigador en la defensa de los derechos del negro, en la condenación de los racismos y en la exposición de los aportes africanos a la cultura cubana, a la que llama un «ajíaco» o *pot pourri* criollo, una mezcla de todos los elementos étnicos de la población del país. En esta extraordinaria transición ideológica se resume, en verdad, todo el proceso de maduración de la etnografía nacional en la primera mitad del siglo xx, junto con un nuevo concepto de la identidad patria (ibíd.).

Pero en los primeros escritos defiende también la idea de que el hispanismo cubano funcionó como una identidad racial de resistencia contra la modernización norteamericana. Y ello conlleva el aserto de que existen, tal como se planteó en el siglo xix y se recoge en muchos intelectuales y políticos de principios del xx, jerarquías en los sistemas culturales y las civilizaciones. Como anota Rojas:

As soon as the debate was transferred to the theme of civilizations, hierarchies became morally acceptable. Ortiz claimed that there exist differences in the forward march of humanity and, because of this, some civilizations were more advanced than others. There existed civilizations that were superior and others that were inferior. Cuban civili-

zation was inferior because it came from two inferior civilizations, the African and the Spanish (Rojas 2008: 38).

El problema de Cuba es el mismo que el de España: la falta de civilización. Por eso, en la obra de Carrión hay constantemente guiños irónicos acerca de la procedencia española de algunos personajes, a los que se considera vagos, inconscientes, hipócritas. Para Ortiz la solución del problema es clara: hay que americanizar Cuba, como europeizar España. Porque no existe un dilema que enfrenta lo latino y lo anglosajón, como pretendía Rodó, porque lo español no coincide con lo latino. Lo anglosajón tiene sus virtudes y lo latino también. Pero no hay que confundir lo hispano y lo latino, porque en este último concepto hay elementos de superioridad con respecto a lo hispano, como el sentido de modernidad de Francia o el humanismo de la cultura y la imaginación de Italia.

Ahora bien, hay otro punto de vista desde el que se pueden estudiar todos los problemas de identidad de la Cuba republicana, que están conectados con el concepto de raza, de cultura, de procedencia étnica española, pero también con el resultado del proceso histórico de configuración de la colonia y de la independencia. Del *xvi* a fines del *xviii*, los territorios coloniales se integraron en el sistema internacional de relaciones mercantiles del mercado mundial en desarrollo. La extracción del metal precioso y la exportación de materias primas que Europa demandaba fueron los principales actores de ese sistema, que en las colonias descansó en la propiedad latifundiaría de la tierra, que se concretó en terratenientes primero españoles, luego criollos, y el nacimiento de una burguesía comerciante importadora y exportadora, y más tarde de una pequeña burguesía industrial. Tras la independencia continental, el poder fue ejercido por las clases que tenían en sus manos la producción. Pero los grupos de poder no estaban interesados en una transformación radical de la estructura económica basada en el latifundio, sino en consolidar y aumentar el predominio económico por medio del control político, es decir, «poner toda la organización social que ahora dominan, en función de la estructura productora en la que basan su existencia como clase» (Hernández 2002: 716). El resultado de esa política fue que los latifundios, lejos de ser eliminados, se desarrollaron más en las nuevas repúblicas latinoamericanas, según observó José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos* (1934: 34). De hecho, durante el siglo *xix*, los grandes latifundistas recibieron tanta tierra como durante los tres siglos precedentes (Hernández 2002: 716).

Por otro lado, la importación, en forma de avalancha, de productos manufacturados europeos llevó a la ruina a la producción artesanal interna que estaba asomando como germen de una burguesía productora. Finalmente, la ausencia de la pequeña propiedad agrícola, de vital importancia para el mercado interno, agravó la situación de dependencia con respecto a los grandes terratenientes y el mercado internacional en alianza con ellos. Como bien observó Rafael Hernández, hay que hablar de

una ubicación subordinada y dependiente en la red de relaciones en que quedan engarzadas las nuevas repúblicas latinoamericanas dentro del sistema capitalista mundial. Se trata, más bien, de una estructura económica y social que, basada en el latifundio y en la producción para la exportación, impide el desarrollo interno de una producción nacional para un mercado nacional, y genera, constantemente, dependencia (ibíd.: 717).

La situación, en Cuba, fue todavía mucho más dependiente que en las repúblicas independizadas, por su condición insular, por el espejismo del tiempo detenido, por el excesivo control de la metrópoli, por el efecto económico y social que produjo la guerra a finales de siglo, por la continua acumulación de esclavos en el siglo *xix*, y por la casi exclusiva promoción del azúcar como motor económico de la isla, cuyo sistema y proceso de explotación estaba pensado para llenar los mercados internacionales sin pasar por un proceso interno de manejo de los resultados. De hecho, hay quienes han creído que el origen de todos los males del pueblo cubano estuvo en el latifundio azucarero. La dependencia económica fue causa de malformaciones no solo políticas, sino también culturales e identitarias. Ya acertó a matizarlo Enrique José Varona, en una frase lapidaria en 1919: «Hemos asegurado la independencia política de la patria. Es un gran deber que hemos cumplido. Nos falta otro. Asegurar por el trabajo bien dirigido la independencia económica del cubano; con esta, y solo con esta, se afianza la otra. Y cuando se cimienta con sangre una obra, hay que poner además todos los medios para que perdure» (Guerra 2002: 68). Sin independencia económica, de nada habría servido la política. Y con ellas, vendrían las más escondidas, la cultural y la que reorganiza el concepto de civilización e identidad.

Así pues, si en Cuba no existía al comienzo de la República una definición clara de lo identitario, y las reacciones ante el carácter neocolonial del sistema económico republicano fueron muy dife-

rentes, para la intelectualidad del momento, ello se debió, en parte, a que el latifundio azucarero y la dependencia de las capas productoras con respecto a los usufructuarios del colonialismo, no permitieron la creación de una burguesía nacional pujante ni de un proletariado amplio, fuerte y con conciencia de clase. Francisco López Segrera destaca, en ese sentido, «la debilidad de la burguesía dependiente cubana en relación con la fortaleza que esta clase llegó a alcanzar en la mayoría de los países latinoamericanos» (1989: 97). Y con respecto a la existencia del latifundio, como una de las causas de la imposibilidad de desarrollo de la burguesía, Ramiro Guerra no puede ser más explícito cuando afirma a finales de los años veinte que «el latifundio ha sido la causa de la decadencia de las Antillas» (Guerra 2002: 68). Por eso hay que realizar en la Cuba republicana una acción contra el latifundio, que no opera en contra de la industria azucarera ni contra el capital, sea nacional o extranjero. Para Guerra, el azúcar es fuente de progreso, riqueza y bienestar, y el capital, venga de donde venga, es un factor esencial de la producción. Pero su régimen de explotación es lo que destruye la economía nacional, y no solo eso, sino además la organización social, la soberanía política y la independencia patria (ibíd.: 69-70). Y lo es porque se desarrolla «territorialmente» u «horizontalmente», girando en un círculo vicioso que lleva inexorablemente a la superproducción y al acopio de grandes extensiones en un número muy pequeño de empresas anónimas, por lo que termina

destruyendo la pequeña y mediana propiedad que encuentra a su paso, sometiendo a un duro feudalismo económico a la que logra quedar en pie transitoriamente y desarraigando del suelo al cultivador, con la consiguiente destrucción de su poder de crear riqueza; a aumentar el monocultivo, causa universalmente reconocida de nuestra debilidad económica y de nuestra creciente dependencia de los mercados extranjeros; a afectar desfavorablemente al comercio, reduciendo el campo de acción de este; a limitar el desarrollo de las comunicaciones y, finalmente, a minar, absorber y monopolizar todas las energías productivas del país (ibíd.: 70-71).

En la novela *Las impuras* de Carrión (1919) se ve claramente cómo la mayoría de la gente de la ciudad es ociosa o se aprovecha de algunos flecos que se derivan de la acción de los latifundios y empresas relacionadas con el azúcar. Y los políticos se dedican a preservar ese estatus para que los que manejan los hilos de la macroeconomía sigan enriqueciéndose y alimentando a toda una subsociedad parasi-

taria que tampoco encuentra aliciente en ninguna dedicación laboral. Este estado de cosas llega hasta la gente joven, ya que esos universitarios descritos por Carrión son conscientes de que su futuro ya está escrito, porque sus padres los van a colocar como una pieza más de ese engranaje que funciona y que no exige ni tener conocimientos ni ponerlos en práctica.

La solución para este problema estaría, según Ramiro Guerra, en el crecimiento vertical, «a modo de un gigantesco rascacielos», buscando el aumento de producción en el cultivo intensivo y no en el extensivo, combatiendo las enfermedades de la caña, usando el abono a gran escala, proponiendo variedades de caña de mayor rendimiento, estableciendo sistemas de riego, repartiendo tierras en lotes, creando una clase rural, «unida al ingenio por vínculos de interés económico permanentes, brindándole facilidades para realizar, con los grandes medios mecánicos de que el ingenio puede disponer, aquellas labores que requieren una maquinaria agrícola costosa» (Guerra 2002: 71). Concluye Guerra que no es un nacionalismo estrecho y suspicaz el que le mueve a la crítica del latifundio, sino un ideal de civilización y justicia, que desea, por un lado, asegurar en el interior de la isla los beneficios de una organización económica sana y una distribución equitativa de los productos del trabajo entre todas las clases y, por otro, reducir el estado de dependencia con respecto a potencias exteriores, comunidades consumidoras que logran elevar su nivel de vida gracias al agotamiento y al trabajo esforzado de los nacionales (ibíd.: 72). Es muy importante el uso de varios términos en esta reflexión del cubano: primero dice que se trata de un ideal de «civilización», es decir, no es solo un sistema económico lo que está en juego sino una identidad, un modo de ser y actuar; y finalmente asegura que el progreso de la potencia que ejerce el neocoloniaje supone para Cuba no solo el debilitamiento físico, sino también la «decadencia intelectual y social» (ibíd.).

Por esa razón, muchos intelectuales, historiadores y críticos formados al calor de la revolución de 1959 han interpretado la intervención yanqui de principio de siglo xx como un período marcadamente negativo, pese al evidente auge económico. Las reacciones contra la política de Estados Unidos y su influjo en la carencia de formación de una identidad nacional comenzaron, sin embargo, en los mismos años de construcción del andamiaje neocolonial, justo en el inicio de la República, y sobre todo después de la segunda intervención norteamericana de 1906. Por ejemplo, Julio César Gandarilla, con su ensayo *Contra el yanqui*; Álvaro Cata con *De guerra en guerra*

(1905) y *Cuba intervenida* (1910). Pero raramente utilizan argumentos arielistas: más bien se centran en la retórica de las circunstancias políticas. No es una cuestión de superioridad de culturas o incluso razas, sino de una tendencia natural de los pueblos de manifestar su identidad frente a las imposiciones de los foráneos.

Lo que sí se observa en los textos publicados en la isla a partir de los años sesenta es una necesidad de justificar la historia del siglo xx cubano en función del «necesario» triunfo de la revolución castrista y la obligada continuación del sistema. Solo así se llega a una «válida» formulación de la identidad cubana. Uno de los ejemplos más extremos y radicales es el de Enrique Sainz quien, después de etiquetar como obras de «ingenuo realismo naturalista» a toda la producción novelística de Carrión, Loveira, Castellanos y Ramos, porque no son contundentes en sus posiciones antiimperialistas, da la bienvenida a soluciones más críticas en los años posteriores a 1923, con un «notable enriquecimiento de la conciencia política que se produce en los obreros e intelectuales [...], consecuencias de la profundización de las crisis en un régimen basado en una economía dependiente», para concluir en una frase memorable, no tanto por su adecuación a la realidad como por su espíritu exagerado y servil al sistema:

Esa vuelta al legado artístico-ideológico del cubano que funde en sí política, literatura y revolución de un modo único por su carga de futuridad, alcanza su verdadero sentido histórico en *La historia me absolverá* (1953) de Fidel Castro, y en la insurrección armada que se extiende desde el asalto al Cuartel Moncada ese mismo año y culmina con el triunfo de la Revolución el 1 de enero de 1959, fecha que abre una nueva época en la historia de Cuba (VV. AA. 2000: 7).

En general, este tipo de autores que reinterpretan la historia desde la perspectiva del triunfo del castrismo, dividen las primeras décadas de la literatura y la cultura cubanas en dos períodos: uno hasta principios de los años veinte, y otro desde más o menos 1923, surgido a raíz de «la protesta de los 13», el Grupo Minorista, la Liga Anticlerical, el Comité Cubano de la Revolución Nacional y Civil, y los tímidos aportes de la vanguardia que cristalizarían años más tarde en la revista *Avance*. El primer período generaría un tipo de cultura nacional, pero todavía no popular, como ha matizado López Segrera:

La novelística será nacional en tanto que sea una crítica de los fundamentos de la relación neocolonial, del caudillismo y de la burguesía

dependiente; y no llegará a ser nacional-popular, en la medida en que no reflejará la visión de la sociedad de las clases fundamentales (proletariado y campesinado), sino de la intelectualidad proveniente de la pequeña burguesía (1989: 119).

Y, en concreto, refiriéndose a la obra de Carrión, echa en falta una verdadera preocupación por las clases bajas, para ser tratado como un escritor cubano que trabaja con los verdaderos problemas representativos de la identidad:

Pese a la profunda cubanía de las novelas de Carrión, estas no rebasan la visión nacionalista de la intelectualidad de las capas medias. Su lenguaje conceptual y distanciado, y su visión del mundo ajena a las maneras de pensar y sentir de las clases más populares del pueblo-nación, hacen imposible que lo calificásemos como representante de lo nacional-popular en la novelística cubana (ibíd.: 122).

Sin duda, el mejor ideólogo de esta distinción entre lo nacional y lo nacional-popular ha sido Jorge Ibarra, quien explica que la intelectualidad resultante del proceso de independencia se arrogó la representación ideológica y cultural del pueblo-nación, y elaboró una cultura nacional a partir de una serie de valores correspondientes a la hegemonía que esa intelectualidad había tenido en ese proceso. Así, los valores de esa clase intelectual se propusieron como nacionales e incluso nacionales-populares, pero sin contar con el proletariado ni el campesinado. Legitimaron sus valores de clase, su psicología, su lenguaje y su concepción del mundo, y fijaron esos valores como los de la nación entera en las obras de la cultura nacional (Ibarra 2002: 420-421). Para Ibarra, esas clases no eran las «fundamentales» de la sociedad cubana, mientras que las que sí representaban de una forma legítima al pueblo cubano, las clases bajas, carecían de una concepción clasista sólida para imponerla o para forjarse una intelectualidad propia, por lo que el predominio de las clases medias, desde el punto de vista de su intelectualidad y protagonismo social, fue incuestionable en las dos primeras décadas del siglo xx. Resume Ibarra:

La intelectualidad cubana se planteará, por consiguiente, los problemas nacionales desde su punto de vista, o desde los bolsones dispersos, fraccionados y heterogéneos en que habían quedado divididas las clases que integraban el pueblo, nunca desde las posiciones del pueblo en su conjunto como una colectividad histórica, con concien-

... manifestarse como tales (ibíd.: 421).

Es interesante cómo Ibarra valora la crítica de Ramos y Carrión a la norteamericanización de las costumbres y a las tendencias absorbentes de la penetración neocolonial, pero a la vez les echa en cara que eran renuentes «a integrar los valores nacional-populares en su cultura propia» (ibíd.: 422). Por otro lado, el crítico cubano señala la creación de un mercado capitalista a partir de las últimas décadas del siglo XIX, que pudiera sustituir a las relaciones de mecenazgo propias de la colonia, y la relación de esa circunstancia con la adopción del naturalismo para significar literariamente la sociedad de la época. Con respecto a ese problema, los novelistas republicanos nunca pudieron canalizar su obra del mismo modo que lo hicieron los naturalistas franceses, porque en la isla no existía un mercado literario, es decir, una clase media culta que pudiera garantizarles, con el consumo de sus obras, un modo de vida independiente. Por eso buscaron —y, con mucha frecuencia, fracasaron en su intento— integrarse en el sistema político adquiriendo los mismos cargos y beneficios que criticaban en sus obras, ya que ni las instituciones culturales ni el Estado fueron sus patrocinadores (ibíd.: 427).

Ciertamente, la creación y consolidación de una burguesía doméstica no pudo seguir el mismo camino que el de otros países, por las condiciones impuestas por el ingenio azucarero y porque, al tratar de elevarse, se reconstruyó con una evidente dependencia del capital norteamericano, que hacia 1914 poseía un 39% de la industria de azúcar (Ibarra 1998: 156-157), y lo hizo a través de tres procedimientos: por herencia, por conversión de terratenientes ganaderos cubanos en dueños de ingenios y grandes colonos en virtud del alza de los precios del azúcar, y por la conversión del capital burocrático criollo, de dudosa procedencia, en burguesía agraria, principalmente azucarera. De ahí su escaso interés por los problemas de las clases bajas y, en general, por la construcción de una nación basada en sus elementos «fundamentales». Del mismo modo, las clases adineradas, sobre todo las herederas de la tradición española y las relacionadas con el mundo norteamericano, educaban a sus hijos en colegios privados, principalmente de jesuitas o extranjeros, haciéndoles sentir, según José Antonio Ramos, «que su ciudadanía cubana es cosa que vale más simular o no tener mucho en cuenta» (ibíd.: 158). Al no existir una burguesía propiamente na-

cional, todas las pequeñas y medianas burguesías procedentes de la ciudad se integraron rápidamente en una corriente burguesa dependiente. Según Ibarra, «la pequeña burguesía no estuvo a la altura del papel que le correspondía en la dirección de las luchas por la reivindicación plena de la soberanía nacional» (ibíd.: 163).

En realidad, la argumentación de estos críticos filomarxistas, no quiere aceptar que existen posibilidades identitarias diferentes a la conciencia de clase proletaria, y que esta no es ni la única ni la más relevante de las opciones para definir un pueblo. El caso de Cuba es muy complejo porque, además de no haber procedido como otros países en la generación de una burguesía propia, la clase proletaria no tuvo ningún protagonismo porque apenas existía. Reconoce Ibarra que «la debilidad numérica, organizativa e ideológica del proletariado industrial en los primeros 20 años de República determinó que este no pudiera convertirse en la base social fundamental del pueblo-nación» (1998: 166). Y no pudo hacerlo porque la clase baja trabajadora constituía nada más el 33% de la población, y el proletariado industrial, dentro de esa clase trabajadora, era solo del 6%, mientras que la mayoría del país estaba formada por integrantes de la pequeña propiedad comercial e industrial, y por los estratos profesionales, artesanales y de empleados (ibíd.). Y ésa es la razón por la que la clase proletaria no pudo tener ninguna iniciativa. Carecía de fuerza y no pudo expresar su conciencia antiimperialista. Por ese mismo motivo, lo que los novelistas están poniendo de manifiesto con sus críticas no alcanza al sector del proletariado, sino que se concentra en los males que de un modo más visible y profundo aquejan a las clases que forman el verdadero núcleo de la sociedad republicana, y en ese sentido son muy vehementes en sus críticas y llegan a todos los aspectos y matices que supone la ascensión de una serie de colectivos que en otros países no han adquirido la misma fuerza, porque no tienen recursos naturales que se lo permitan o no obtienen tantos beneficios de los recursos que poseen. Por eso, Cuba es en esos momentos uno de los países más prósperos del continente; con problemas que tienen mucho más que ver con la corrupción y con el equivocado uso de las riquezas que con la necesidad de obtenerlas y repartirlas. El indudable crecimiento económico, el aumento demográfico a un ritmo del 3% anual hasta 1919, las grandes oportunidades de trabajo para la juventud de la época, hablan de la prosperidad rápida y espectacular de un país que había quedado, pocos años antes, casi destrozado por la guerra. El gran espacio que Cuba, sobre todo la ciudad de La Habana, dedica a las

manifestaciones artísticas de todo tipo y al carácter estético de sus construcciones citadinas, es prueba, como veremos en el siguiente capítulo, de que nos encontramos ante un período de esplendor como muy pocos ha habido en el ámbito de las sociedades latinoamericanas, a pesar de todas las lacras valientemente denunciadas por los novelistas del momento.

La herencia española en los modelos masculinos de Carrión

Al igual que en *Las impuras* (1919) aparece una gran cantidad de modelos de distintas clases sociales, formas de pensar y convicciones acerca de la vida, los personajes masculinos presentan entre sí rasgos similares y numerosos aspectos en común. Además, como ocurre en el resto de las obras del cubano, los personajes masculinos se esbozan sin la profundidad dedicada a personajes femeninos como Victoria o Teresa. Nada más ser publicada *Las impuras*, el crítico Arturo Montori escribió el artículo «La obra literaria de Miguel de Carrión» para la revista *Cuba Contemporánea*, en el que dedicada algunos párrafos a esos personajes masculinos, a los que colocaba en un lugar muy inferior al de los femeninos. Por ejemplo, de Rogelio, decía:

El seductor, según aparece en la novela, es una especie de barbilindo, tipo vulgar, sin relieve psicológico de ninguna clase, sin más actividad en el transcurso de todo el argumento, que repartir su tiempo entre su mujer y su querida y dilapidar el caudal heredado de su padre (UNESCO 1961: s. p.).

Y más adelante realiza un breve recorrido por todos los personajes masculinos de las novelas publicadas hasta entonces por Carrión, señalando claramente sus puntos débiles:

La mayor parte de sus tipos masculinos resultan imprecisos, falsos o insignificantes; su comportamiento se halla frecuentemente en fricción con sus rasgos de carácter. No encuentro más que dos tipos verdaderamente interesantes en todos sus libros: Juan, el protagonista de *El Milagro*, y el José Ignacio Trebijo de *Las honradas*; en escala menor pudiera aceptarse también al Paco de *Las impuras*. El protagonista de *El Milagro*, por su intensa vida interior revelada en el conflicto en que su amor por Jacinta lo coloca [...]. José Ignacio Trebijo, en *Las honradas*, y Paco en *Las impuras*, encarnan a maravilla, el primero, el cerdo con figura humana a quien no mueve,

en ningún caso, inspiración alguna que rebase el nivel de sus toscos apetitos, condición disimulada tras la máscara de la más perfecta hipocresía; y el segundo, el cínico, totalmente despreocupado de la opinión ajena, producto legítimo de un medio social gangrenado donde fermentan todas las corrupciones y encuentran ambiente propicio para desarrollarse, todas las concupiscencias. Aparte de estos, todos los demás tipos masculinos introducidos por Carrión en sus novelas, me parecen de una extrema inconsistencia. Impresión que se acentúa sobre todo, en los personajes que aparecen en primera línea (ibíd.).

Para Montori, si bien los personajes masculinos más desarrollados no son más que tipos mal trabajados, los demás no merecen ser tenidos en cuenta, por su casi nula consistencia. Por eso se ensaña con ellos:

Joaquín y Fernando en *Las honradas*, y Rogelio en *Las impuras*, tengo para mí que son tres figuras de un escaso vigor; tipos sin relieve psicológico, sin energía espiritual, sin condición alguna que justifique la naturaleza superior de la acción que desenvuelve en su vida. Joaquín es el tipo de hombre amorfo, ciego e incapaz de comprender las sutiles complicaciones del dinamismo femenino [...]. No se comprende de dónde puede dimanar la fuerza de atracción de un tipo así, para provocar la explosión pasional que a su retorno a la fidelidad conyugal se efectúa en su mujer [...]. Qué decir de Fernando, el seductor irresistible [...] cuya única fuerza de fascinación parece estribar en sus lacayos galoneados y en sus lujosos automóviles [...]. Más absurdo me parece todavía el Rogelio de *Las impuras*. ¿Cómo es posible atribuir a un tipo semejante la seducción y la permanente conquista de una mujer de la extraordinaria condición psicológica de Teresa? Cuando se lee la novela se tiene la impresión de que este personaje bien pudiera ser una especie de hermano menor, débil y abúlico, de la heroína, a quien ella se creyera en la obligación de proteger y alentar (ibíd.).

Pero lo más interesante de este análisis es el colofón. Montori, contemporáneo de Carrión, conoció y trató personalmente al novelista, se pregunta por qué existe una «escasa disposición» en tan «eximio novelista» para crear personajes masculinos verosímiles, con fuerza y profundidad psicológica. Y achaca esta laguna a una «falta de real habilidad para penetrar el carácter de los individuos de este sexo» (ibíd.). En conversaciones privadas y actuaciones públicas, manifiesta Montori que se ha asombrado en multitud de ocasiones «ante la ingenuidad y ausencia de malicia» con que ha oído hablar a Carrión «acerca de las condiciones intelectuales o morales de cualquier sujeto, por muy abundante que haya sido su trato

con él» (ibíd.). Y piensa, además, que debido probablemente a esa carencia del novelista, su vida pública ha sido poco exitosa porque, hasta entonces, aparte de su condición de profesor de la Escuela Normal, el cargo más elevado que ha ostentado ha sido el de secretario del Ayuntamiento de San Antonio de las Vegas, «desventura burocrática en que lo precipitaron, según tengo entendido, los mismos pecados de su azarosa juventud» (ibíd.). Y concluye:

Colóquense mentalmente, por un momento, el talento enorme de este escritor, y su fabulosa cultura, al lado de las medianísimas cualidades que le ha bastado aplicar a la turba de politicuelos que hoy dirigen, en sus diversos aspectos, nuestra vida nacional, para comprender que tan solo una circunstancia como la referida puede haber producido una consecuencia tan absurda (ibíd.).

Parece un poco ridículo relacionar el poco éxito en la vida social y política de Carrión con su escasa habilidad para penetrar en el alma de los hombres, cuando ha demostrado suficientemente que es capaz de desentrañar la de una mujer con una maestría nunca vista en un escrito masculino. De hecho, Montori es consciente de que las mujeres que han opinado sobre las novelas de Carrión lo han hecho elogiosamente e incluso han llegado a decir: «Este hombre ha tenido que ser mujer alguna vez para saber estas cosas» (ibíd.). No debe tratarse, por tanto de una incapacidad para penetrar en el alma de los hombres, algo, en teoría, mucho más fácil para él, que era hombre y trataba médicamente tanto a hombres como a mujeres. Pensamos que esta característica de su obra responde más bien a una estrategia. Carrión pretende dar a la mujer un protagonismo que rara vez ha tenido en la historia de la literatura cubana, si exceptuamos novelas como *Sab*, *Lucía Jerez* o *Cecilia Valdés*. Sin embargo, en ninguna de esas novelas encontramos, ni por asomo, la profundidad psicológica de la Victoria de *Las honradas*. Ni siquiera en *Sab*, obra escrita por la primera gran autora cubana, Gertrudis Gómez de Avellaneda. ¿Qué impide a un hombre, que es capaz de realizar un estudio magnífico del alma femenina, hacer lo mismo con el hombre? Probablemente sus propósitos narrativos. Si bien Carrión quiere manifestar su pericia, dar a conocer sus secretos en el conocimiento del alma femenina, no está interesado en hacer lo mismo con el hombre, porque lo que busca resaltar es la condición de la mujer en una sociedad machista, las posibilidades reales de comportamiento en una sociedad que, como él dice en su

prólogo a *Las honradas*, divide a las mujeres en dos únicos tipos: impuras y honradas; y las coloca en uno o en otro lugar según sea su adecuación a las normas sociales vigentes, que obedecen a una concepción patriarcal de la sociedad, donde todo gira alrededor de la autoridad masculina.

Por eso, los hombres de las novelas de Carrión son tratados con la misma simpleza con la que el hombre real trata a la mujer, como una medicina aplicada por primera vez a quien no ha cesado de recetarla para el otro sexo en la historia de la civilización occidental. En Carrión hay una venganza contra las normas impuestas por hombres, normas que esquematizan y encorsetan la actividad de la mujer, que todavía está lejos de ser libre y dinámica. Además, con esos tipos sin psicología, Carrión puede acceder con más facilidad al ámbito de la crítica social, porque el lector nunca se identifica con ellos, dada su ligereza, frivolidad y esquematismo. Carrión desea que el público masculino conecte con los problemas reales de las mujeres, y por eso las desnuda, mientras que los hombres permanecen en el territorio de los tipos inacabados, ya que de esa manera pueden encarnar más sencillamente unos vicios o defectos. Es decir, las mujeres están descritas como personajes de carne y hueso, con los que el lector se puede identificar y sentir sus propias frustraciones y deseos, mientras que los hombres son símbolos, casi siempre de taras que provienen de la herencia española.

En la novela *Las impuras*, Carrión parece agrupar a los individuos, a los hombres, según la clase social, obedeciendo todos ellos a un esquema bastante uniforme. De esta forma, tanto José Ignacio Trebijo como don Rudesindo serán el reflejo de la hipocresía que caracterizaba a la decadente sociedad habanera de principios de siglo. El primero de ellos, hijo de padre español «materialista, a pesar de su fanatismo religioso, avaro y autoritario» (Carrión 1996b: 23), y de madre cubana, «mujer sentimental, delicada e ignorante, como casi todas las cubanas bien nacidas en aquella época» (ibíd.), expulsará del hogar a su hermana Teresa, quien inmoralmente había decidido convertirse en la querida de un hombre casado. Este criollo es descrito por el amante de su hermana como un hombre que vive una vida feliz «más grueso y saludable que nunca. Y manteniendo todos los meses, con tu dinero, a una querida diferente» (ibíd.: 11).

Desde el inicio de la novela se palpa la crítica a la falsa moral de muchos españoles radicados en la isla, así como a la manera en que criaban a sus hijos, a quienes lejos de inculcar los principios básicos de moral y decencia, les proporcionaban toda clase de bienes,

dinero y caprichos, convirtiéndolos en hombres sin más aspiración que la de tener dinero sin mover un dedo para ganarlo. Dos años después de publicar *Las impuras*, Carrión reprodujo en Cuba *Contemporánea* el contenido de un discurso que había dado ante la Sociedad Económica de Amigos del País acerca de «El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años». En él explicaba su opinión acerca de la génesis de la identidad cubana, desde la época de la colonia hasta la República. Y en una parte de ese discurso abundaba en los rasgos del cubano que han sido heredados de España. Entre ellos enumeraba:

Añadid unas gotas de sangre árabe al grupo de meridionales españoles que formó nuestro núcleo de origen, poned un poco de altanera indiferencia, de sensual olvido de las cosas serias, de melancólica alegría, de oriental imaginación [...], de individualismo arrogante y de risueña pereza en el molde; tripulad con aquellos hombres, y aun con lo peor de aquellos hombres las carabelas que cruzaron el Atlántico; hacedlos habitar después en comarcas poco pobladas y en pequeñas ciudades, viviendo primero del trabajo indígena y luego de los brazos del negro esclavo; permitid que se infiltre poco a poco en su espíritu el marasmo colonial, dejándolo sumido por siglos en la rutinaria explotación de sus plantaciones, y son otro cambio que el ocasionado año tras año por la inmigración de los nuevos españoles; imaginad, más tarde, la simiente de la rebeldía germinando en el alma de una parte de esos colonos, poseedores, al principio, de la riqueza del país y arruinados después por la supresión de la trata, la abolición de la esclavitud y la subsiguiente transformación de la industria azucarera; llevadlos a la guerra civil [...] y seguidlos hasta el instante en que es menester crear un Estado y establecer las nuevas organizaciones (Ares 1991: 153-154).

El primer conflicto que propone Carrión para analizar la condición de ambigüedad y cierto antagonismo entre lo cubano y lo español tiene que ver con la guerra. Por ejemplo, las primeras páginas de *Las honradas* aluden al militarismo que se impregnaba por todos los poros de la vida cubana en los momentos anteriores al estallido de la guerra, y es precisamente las constantes visitas de un militar español a Alicia lo que decide a la familia entera a marcharse de Cuba para instalarse en Estados Unidos. Para ellos, era preferible abandonar la patria que ceder una hija a un español, y ese sentimiento era común a una gran parte de la población cubana de la época, decidida ya a terminar por siempre con el yugo del invasor. Debido a ello, la familia de Victoria vivía como reclusa dentro de la casa, y solo salía «a lo más indispensable». Cuando vuelven de

Estados Unidos, años más tarde, observan cómo «por todas partes se veían aún las huellas de la catástrofe que había estado a punto de aniquilar a la población cubana» (Carrión 1996a: 47).

Un personaje que encarna muchos de los defectos de lo español, trasplantados a la isla, es, tanto en *Las honradas* como en *Las impuras*, Juan Jacobo Trebijo, padre de Teresa y José Ignacio, quien es descrito como un señor muy religioso para quien Dios fue «una especie de aliado todopoderoso, que legitimaba la esclavitud del negro, enviando buenos rendimientos en el azúcar a los creyentes y surtiendo su lecho de frescas y apetitosas mulatas» (ibíd.: 25). Y la figura de su hijo, José Ignacio, sirve al autor para ilustrar la relación que existe entre la corrupción patente en la República y el pasado español en la isla: «José Ignacio hereda de su padre todas las cualidades negativas que Carrión atribuye a los españoles: es hipócrita, lascivo, avaro, pomposo y oportunista» (Ares 1991: 156). En esta misma categoría se enmarca asimismo el respetable español don Rudesindo, que «pertenece a la aristocracia del comercio habanero. Como casi todos los españoles enriquecidos en Cuba, era humilde de cuna, pero había ido refinándose paulatinamente» (Carrión 1996b: 94). Este asturiano que «vivía orgulloso de su abolengo» (ibíd.: 11) presidía la Asociación de Padres de Familia para el Saneamiento de las Costumbres, aparentaba una moral intachable e incluso le prohibía a su hijo verse con mujeres impuras. Sin embargo, no tendrá reparos en ofrecer dinero a Teresa a cambio de una noche de amor. Por su parte, Angelín Sarmiento, el hijo mayor de don Rudesindo, frecuentaba y mantenía a La Aviadora, mujer de dudosa reputación que burlescamente le había colocado el apodo de Pega-Pega, y con quien dormía de vez en cuando, si ella lo permitía, aunque al amanecer cada uno tuviera que salir huyendo del nidito de amor, «temblando ante la reprimenda de su padre, que era muy severo en su casa» (ibíd.: 98).

De igual manera, el padre de Rogelio había sido otro de tantos españoles que «[r]obaba mucho en su empleo; pero tuvo la manía de la ostentación, tirando el dinero a manos llenas» (ibíd.: 53). El hijo del peninsular tendrá con su cuñado muchos puntos en común, pues ambos habían sido criados en un hogar feliz. En el caso de Rogelio, «el padre soltaba dinero a manos llenas; la madre, que era cubana, los besos y los mimos» (ibíd.: 11), y así se convierte en un ser sin principios ni entereza de carácter. José Ignacio, al igual que Rogelio, aunque como él venía de una «cuna de oro», llevaba en su interior la «rigidez dura y seca, muy semejante a la del au-

tor de sus días». Existe, por tanto, una especie de «fatalismo geográfico» (Ares 1991: 157) muy acorde con los presupuestos del darwinismo social y del naturalismo literario, que se enreda con la circunstancia de lo español integrado en lo isleño. En un artículo que el autor publicó en 1907, titulado «Sin brújula», el cubano fue muy claro a ese respecto:

La revolución de Cuba luchó al propio tiempo que contra España, contra una gran fatalidad geográfica —que diría un exaltado cursi— que pesa ahora sobre nuestras espaldas más intolerablemente que nunca, y que para librarnos de ella sería necesario emplear toda esa energía que nos sobra en arrancar de sus cimientos a nuestra tierra y transportarla lejos [...]. Cuba es una convaleciente muy débil (UNESCO 1961: s. p.).

Miguel de Carrión esboza, en este contexto de convalecencia penosa, una generación de criollos de carácter débil, sin convicciones firmes, «jóvenes ineptos, criados en el mimo y la abundancia, que tenían la cabeza rebosantes de sueños, pero no llevaban a cabo nada concreto y así dejaban deslizarse sus vidas entre la vagancia, la comodidad y el vicio» (González 1979: 79). Estando casado con Florinda, Rogelio se enamora de Teresa y acaba por aceptar el vivir una doble vida, «comprendiendo que era cómodo dejarse querer en ambos hogares, alternativamente» (Carrión 1996b: 98).

En la obra, todos los descendientes de españoles radicados en la isla formaban parte de «los jóvenes ineptos, criados en el mimo y la abundancia, que tenían la cabeza rebosantes de sueños, pero no llevaban a cabo nada concreto» (González 1979: 78). Ninguno de los antes mencionados refleja sentimientos de amor hacia sus mujeres, hijos o familiares. José Ignacio no le perdonaba a Teresa «el haber nacido, para arrebatarse la mitad del cariño de su padre y del techo de la casa» (Carrión 1996b: 24). Y muy pronto expulsa a la hermana de casa alegando un comportamiento inmoral de la muchacha, aunque más tarde él se dedica a mantener, con el dinero de Teresa, a una «querida diferente» (ibíd.: 11) cada mes.

En *Las impuras* no llegamos a apreciar de cerca la vida íntima de José Ignacio; sin embargo, en *Las honradas* es fácil descubrir los rasgos de la personalidad del criollo, que se presenta como «un hombre metódico, a quien el amor no cegaba hasta el punto de hacerle olvidar el valor de un centavo» (Carrión 1996a: 76). A través del personaje, Miguel de Carrión evidencia la doble moral del «respetable señor» en cuya presencia los amigos reconocen el tener que «santi-

guarnos y coger un rosario, porque le parece que la menor cosa lastima y pervierte los oídos de Alicia» (ibíd.: 133). Por ello sufre ante el bochorno de que un ginecólogo tuviera que examinar su mujer, a la que había transmitido una enfermedad venérea: «“Cositas” de los maridos, que no nos consultan al casarse y “revientan” a una pobre mujer para toda la vida» (Carrión 1996a: 268). Así define el doctor Argensola la penosa situación que más tarde dejará estéril a la pobre señora Trebijo.

En el caso de Rogelio, el crápula toma a Florinda por esposa ante la súplica de su madre y porque le parecía cómodo acostarse con su querida en su propia casa. Luego comenzará a tratarla «como una sirvienta [...] haciéndole ver la diferencia de rango que había entre los dos» (Carrión 1996b: 48). Tampoco el enamoramiento por Teresa Trebijo le duró demasiado: la acusaba de ser la causa de su miseria «por su estúpido empeño de dejarse arruinar por el hermano» (ibíd.: 52), y decidió finalmente regocijarse en los brazos de la Aviadora, una «impura, rubia y de formas opulentas» (ibíd.: 57). Con Rogelio, el narrador es especialmente expeditivo, porque en la novela es el contrapunto de Teresa. Mientras ella es la persona honesta, realmente «honrada», sinceramente enamorada y entregada a un proyecto serio, Rogelio es todo lo contrario. Lo que tiene sentido no solo por su baja calidad humana, sino por las mismas condiciones de vida que le han impuesto su «raza» y su educación. Así es como las leyes de la herencia son propuestas por el narrador:

Era solamente un pobre ser, sin energía y sin carácter, una de esas naturalezas vacías que la educación doméstica, en nuestro país, forma para el ocio o los caprichos del azar, incapaces de vencerse a sí propios, imitadores constantes de lo que les seduce en los otros e insuficientes para trazarse un plan de conducta y seguirlo a pesar de todos los contratiempos. Era tal como la raza, las costumbres, el clima y la educación lo habían hecho, y tuvo la desgracia de que, ya que su voluntad estaba condenada a ser siempre la esclava de sus propias pasiones y de la voluntad ajena, no fuera esta la de una de las dos mujeres que tan profundamente habían influido en la primera parte de su juventud (ibíd.: 183).

Existe en la novela otro grupo de hombres que, lejos de ser criollos, serán cubanos pertenecientes a familias de clase media. En este caso salta a la vista la crítica a la pequeña burguesía que, copiando el modelo español, llevaba a sus hijos por el mismo camino de los criollos, contribuyendo a forjar la nueva generación de hombres

licenciosos que más adelante quedará marcada por la «desilusión y sentimiento de frustración» (Yedra 1975: 129). Es el caso de los estudiantes de Derecho, muchachos que habitaban la casa de huéspedes de la calle Virtudes, y a quienes Rigoletto llama irónicamente «esperanzas de la patria». Los jóvenes se dedican a llevar una vida de orgías y alcohol, mientras que sus padres les pagaban estudios, comida y vivienda. Cuando el narrador describe a los jóvenes estudiantes dice de ellos que

eran hijos legítimos de su raza y de su tiempo. Se mostraban siempre frívolos, vanidosos, incapaces de un esfuerzo sostenido, dueños de un carácter que podría ser gráficamente representado por una línea ondulada, con la despreocupación propia de los seres educados para formar parte de una casta afortunada, y cien veces más dispuestos a oírse llamar bribones que a pasar por tontos. Juzgaban de un solo golpe de vista a los hombres y las cosas, emitiendo su opinión, casi siempre desfavorable, en forma seca, cortante y despectiva (Carrión 1996b: 144).

Con ello Carrión no solo habla sobre la sociedad de la época sino que admite además un cierto determinismo: los jóvenes no pueden ser otra cosa que lo que han sido sus progenitores, y responden a unos condicionamientos de lugar, de época, de clase social y de origen familiar. A veces, este determinismo llega hasta los antepasados peninsulares: los cubanos somos así porque hemos recibido la herencia hispánica y contra ello no hay nada que se pueda hacer. Por ejemplo, la evidente sensualidad del caribeño tiene que ver con condicionantes geográficos pero también étnicos. El panorama que presenta el narrador no es halagüeño, precisamente porque no se puede luchar contra esas leyes de la herencia étnica: «No hay entre nosotros casi nada que hacer, fuera de la sensualidad, y todo predispone a ella: el clima, el cielo, la sangre árabe que nos legaron nuestros antepasados andaluces, el trabajo a que nos dedicamos y la educación que nos dieron» (Carrión 1996b: 77).

Otro de los grupos que se muestra es el de aquellos isleños de origen humilde, que habían llegado a convertirse en funcionarios o políticos importantes, tales como Paco, un abogado de provincias que debido a un golpe de suerte llegó a La Habana, colocándose como secretario de un importante político a quien las «luchas partidistas habían convertido en un personaje» (ibíd.: 64). El joven vivía como un rey, «se vestía como un millonario y se hacía desear por las impuras» (ibíd.), cosa que provocaba la profunda envidia de Rogelio. En esta categoría de cubanos influyentes y corruptos se

destaca el teniente coronel Ramón Lucas, a quien sus amigos llamaban Mongo, casado con una mujer de «rostro impenetrable de virgencita» (ibíd.: 80). Lucas es otro de los personajes que figuran en ambas novelas de Carrión. Su mujer resulta ser la cuñada de Victoria, protagonista de *Las honradas*, una bella damita de la que el inescrupuloso saca provecho. Para él, lo más importante es que cada amante de su esposa fuera alguien que más tarde le proporcionara beneficios, como era el caso de Jiménez, «un hombre serio [...] que además es el único que me protege» (ibíd.: 173). Así justifica el cornudo el hecho de compartir a su mujer con otros, asegurándole que «¡Si supiera que ibas a buscar un lance así algo más que un mero negocio, te estrangularía!» (ibíd.: 173).

Por último encontramos a los pertenecientes a las capas más bajas de la sociedad habanera. Rigoletto, que representa la imagen del antihéroe, jorobado y contrahecho, «había aprendido a ser desvergonzado en la escuela de la vida» (ibíd.: 161). Era el hijo natural de una corista del teatro Cervantes y había sido educado por la madre de ella. Su nombre verdadero era Emilio, pero solamente Teresa y su abuela de noventa años conocían ese secreto, pues en una sociedad donde los románticos y sentimentales constituían la burla de muchos, el buen Rigoletto confiesa que «si supieran los que me admiran que tengo la debilidad de poseer una abuela como cualquier hijo de vecino, perdería inmediatamente mi prestigio» (ibíd.).

En este grupo se encuentra también Azuquita, el chulo despiadado que maltrata a su mujer, dejándole de vez en cuando un «farol apagado y un hombro negro» (ibíd.: 147), y Veneno, «un hombrécito moreno y seco, con cara y ademanes de mono» (ibíd.: 70), quien debido al oficio de chofer de alquiler podía enterarse de los pormenores, vida y milagros de muchos miembros de la alta sociedad, por lo que se sentía importante al comentar «confidencialmente» las escenas de las que había sido testigo. «¡Un perfecto sinvergüenza!» (ibíd.: 71), como lo catalogara Paco en cierta ocasión.

Como podemos apreciar, la mayoría de los personajes masculinos de *Las impuras* se presentan como típicos antihéroes, constituyendo una muestra palpable del pesimismo del autor. La pluma de Miguel de Carrión refleja la incertidumbre de la intelectualidad cubana a principios de la seudorrepública. Su obra está marcada por el pesimismo y el desaliento ante la generación desorientada e incapaz de abrirse camino por sí sola. Además, «cree que esta es la incapacidad inherente a la raza y considera la injerencia norteamericana como un mal inevitable por el fatalismo geográfico» (Yedra 1975: 128). Al

igual que el escritor cubano fue cambiando de profesión (médico, maestro, periodista y escritor), los hombres presentados en su novela, especialmente Rogelio, irán saltando de un partido político a otro, de un proyecto a otro, etc. En el caso de Rogelio, trató de iniciar numerosos negocios como la agricultura, el cultivo del café, un puesto de trabajo en Hacienda... Y de la misma manera va de una mujer a otra, sin tener ningún afecto y ningún plan concreto, sintiéndose deprimido y culpable cada vez que fracasaba alguno de tantos proyectos que jamás llegaba a realizar en serio, y terminando por vivir del vicio y la comodidad que le proporcionaba Carmela, su amante.

La mayoría de hombres que figuran en la obra reflejan la falsedad de los habitantes habaneros. Para ellos aparentar era lo más importante si querían poder tener el visto bueno de la sociedad. Don Rudesindo evoluciona desde el papel defensor de la moral de la familia al hombre que compra los favores sexuales de Teresa; José Ignacio Trebijo mostrará sus dos caras: por un lado, el hombre de moral recta y, por otro, quien dilapida el dinero de su hermana entregándolo a las mujeres de la mala vida. Mongo Lucas, que alardeaba de tener una mujer joven y bella, la vendía al mejor postor para adquirir prestigio o ganancias dentro de su partido. Rigoletto será el único personaje en quien afloran sentimientos y emociones desinteresados. Él representa al buen ser humano, el muchacho huérfano que se preocupa por su abuela, el hombre que se enamora de Teresa y termina ayudándola sin pedir nada a cambio. En él, el naturalismo jugará su papel, pues será indispensable que se coloque la máscara de sinvergüenza con tal de no perder para siempre el respeto por «los impuros» que lo rodeaban.

Rogelio, por su parte, se presenta egoísta pero no despiadado. En ocasiones se sentía conmovido ante la desgastada figura de Florinda, su mujer, y reconocía ante sí mismo que «si los demás no se rieran de él por tener una mujer semejante, hubiera sido dichoso, con ella para cuidarle, y con Teresa y con otras, para las verdaderas expansiones del amor» (Carrión 1996b: 41). Al final de la historia, el amante de Teresa se ve atrapado en su propio juego. Desde su llegada a La Habana había pasado a formar parte de los desocupados, cuyas vidas transcurrían en los cafés y las barberías, entre el alcohol, la política y las mujeres. El galán comienza entonces una relación con «La Aviadora», circunstancia que le daba prestigio y le hacía sentir importante ante su nuevo círculo de amigos, especialmente de Paco, que también había sido amante de turno de la codiciada prostituta, y que le aconsejaba, en cuanto a la mejor forma de tener

a las mujeres enamoradas y sumisas, «tratarlas mal, única manera de que lo adorasen a uno» (ibíd.: 67).

El naturalismo se manifiesta nuevamente cuando Rogelio no puede escapar de su destino; él, que no había sido capaz de cometer grandes maldades, en lugar de seguir el consejo de su amigo y tratar mal a Carmela, le prometió ser suyo para siempre en un momento de pasión. Ella, impulsada por el capricho de apartarlo del lado de Teresa y ahogada por las persecuciones de Margot, logra arrancarle la promesa de que escaparían juntos. En ese momento comienza el capítulo que Carrión titula «Arrepentimiento», donde el personaje siente miedo y ante su incapacidad de tomar decisiones drásticas «estuvo un mes recluso en sus dos hogares, eligiendo las calles más solitarias y las horas de menos tráfico para ir de uno al otro» (ibíd.: 216). Pero la buena voluntad y los propósitos de enmendarse le duraron muy poco: «la virtud se le hacía insoportable» (ibíd.: 229); y, finalmente, sin poder decir «no» a la petición de Carmela, Rogelio se aparta para siempre de sus mujeres, hijos y de Lillina, a pesar de saber que la niña se encontraba ya a un paso de la muerte. Triste final para una historia que pretende ser una metáfora de la vida habanera y, en general, de una sociedad que sí sabe de dónde viene (cuáles son sus raíces y los males que derivan de ellas), pero no hacia dónde se dirige.

Bibliografía

Obras de Carrión

CARRIÓN, Miguel de (1996a): *Las honradas*. La Habana: Letras Cubanas.

— (1996b): *Las impuras*. La Habana: Letras Cubanas.

— (1975): *La última voluntad y otros relatos*. Compilación y prólogo de Mercedes Pereira. La Habana: Editorial Arte y Literatura.

Sobre Carrión y su época

ÁLVAREZ-TABÍO, Emma (2000): *Invencción de La Habana*. Barcelona: Casiopea.

ARES, Mercedes (1991): *Constantes temáticas en la obra novelística de Miguel de Carrión y Carlos Loveira*. Tesis doctoral inédita. Miami: University of Miami.

BUNGE, Carlos Octavio (1918): *Nuestra América (ensayo de psicología social)*. Edición definitiva, muy corregida, con prólogo de José Ingenieros. Buenos Aires: Vaccaro.

CARRIÓN, Miguel de (1921): «El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años», en *Cuba Contemporánea*, 28, 105, pp. 1-6.

- CASTELLANOS, Jorge (2003): *Pioneros de la etnografía afrocaribañola*. Miami: Universal.
- DÉS, Mihály (1993): *Noche insular. Antología de la poesía cubana*. Barcelona: Lumen.
- GONZÁLEZ, Mirza L. (1979): *La novela y el cuento psicológico de Miguel de Carrión*. Miami: Universal.
- GUERRA, Ramiro (2002): «El fracaso sin esperanza de la República», en Rafael Hernández y Rafael Rojas (eds.), *Ensayo cubano del siglo xx*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 68-73.
- GUIRAL MORENO, Mario (1914): «Aspectos censurables del carácter cubano», en *Cuba Contemporánea*, IV, pp. 120-126.
- HERNÁNDEZ, Rafael (2002): «La revolución pospuesta: destino de la revolución martiana de 1895», en Rafael Hernández y Rafael Rojas (eds.), *Ensayo cubano del siglo xx*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 708-733.
- y ROJAS, Rafael (eds.) (2002): *Ensayo cubano del siglo xx*. México: Fondo de Cultura Económica.
- IBARRA, Jorge (1981): *Nación y cultura nacional*. La Habana: Letras Cubanas.
- (1985): *Un análisis psicosocial del cubano: 1989-1925*. La Habana: Ciencias Sociales.
- (1998): «La sociedad cubana en las tres primeras décadas del siglo xx», en Instituto de Historia de Cuba, *La Neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*. La Habana: Editora Política, pp. 142-193.
- (2002): «Cultura nacional y nacional-popular en las primeras décadas de vida republicana», en Rafael Hernández y Rafael Rojas (eds.), *Ensayo cubano del siglo xx*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 420-430.
- INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA (1998): *La Neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*. La Habana: Editora Política.
- LÓPEZ SEGRERA, FRANCISCO (1989): *Cuba, cultura y sociedad*. La Habana: Letras Cubanas.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1934): *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. La Habana: Casa de las Américas.
- MÉNDEZ RODENAS, Adriana (1990): «Este sexo que no es no. Mujeres decadentes en *Las honradas* y *Las impuras*, de Miguel de Carrión», en *Revista Iberoamericana*, 56, 152-153, pp. 1009-1025.
- MONTORI, Arturo (1919): «La obra literaria de Miguel de Carrión», en *Cuba Contemporánea*, 7, 11, 84, pp. 337-352; reproducido en UNESCO, *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Miguel de Carrión*. La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, año 2, n° 3., s. p.
- PEREIRA TORRES, María de las Mercedes (1989). *Valoraciones sobre Las honradas de Miguel de Carrión*. La Habana: Universidad de La Habana.

- ROJAS, Rafael (2008). *Essays in Cuban Intellectual History*. New York: Palgrave Macmillan.
- THOMAS, Hugh (1974). *Cuba. La lucha por la libertad*. Vol 2. Barcelona: Grijalbo.
- UNESCO (1961): *Cuba en la UNESCO. Homenaje a Miguel de Carrión*. La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, año 2, n° 3.
- VV. AA. (2000): *Cien años de historia de Cuba*. Madrid: Verbum.
- YEDRA, Elena (1975): «La imagen de la mujer en la obra de Miguel de Carrión: *Las honradas*», en *Islas*, 51, pp. 121-152.

III
Cine y música
de ayer y de hoy